

DRAMA O TRAGEDIA MORAL

(EXTRACTO)

JAIME GONZALES DOBLES

*Departamento de Filosofía
Universidad Nacional de Costa Rica*

La ética es parte de la filosofía: implica un manejo particular del lenguaje

El lenguaje es un fenómeno histórico: cambia de sentidos según los contextos e intertextos implicados.

La captación del significado de un asunto empieza necesariamente por la comprensión del sentido de las palabras medulares usadas.

No obstante, el problema no es solo de términos, sino de la manera de pensar.

Por esto, el uso del lenguaje no es un asunto ritual, sino un riesgo y un desafío profundo de todo pensador.

En esta exposición uso un proceso **elíptico**: un pensamiento que recorre un camino prefijado por dos ejes semánticos relativamente separados con la esperanza de alcanzar al límite su perfecta circularidad.

El objeto del quehacer filosófico no es el análisis circunstancial de un aspecto particular de la existencia en una especie de mundo privado al servicio de intereses no tan privados.

Toda filosofía refleja una estructura dialéctica: intenta superar los

encierros existenciales del propio pensamiento para alcanzar una significación intemporal que rebase el entorno que la vio nacer.

El propósito sustancial del quehacer filosófico no es la captación intelectual del ser o el esclarecimiento de las condiciones del pensamiento, sino la comprensión integral de su propia existencia.

Etimológicamente la **filo-sofía** es búsqueda de sabiduría. El prefijo «filo» refleja la situación intrínseca de todo ser humano: **ser estructuralmente inacabado**. La palabra «sofía» designaba para los griegos una visión integral de la existencia: implicaba prudencia, habilidad, astucia, sentido común y capacidad práctica.

La sabiduría es una meta ideal e inalcanzable que se encarna parcialmente en el pensamiento de algunos pensadores. Pero, como ninguna obra de arte es la belleza, ninguna producción intelectual es la filosofía: menos aun la sabiduría a la que esta tiende.

Por eso, la filosofía que no desemboca o se alimenta de la acción, deja de ser realmente filosófica: se establece existencialmente como un hermosa **pseudosofía**.

La reflexión filosófica debe precisar su sentido en la acción: esta es su prueba de fuego. Pero la tarea del filósofo no es el dominio operativo de la acción, sino su manejo conceptual.

Toda reflexión filosófica está condicionada por las características semánticas del lenguaje utilizado: cada lengua incluye una estructura filosófica determinada no solo por las palabras empleadas, sino también y sobre todo por los códigos semánticos y lingüísticos implicados.

Al pasar a otras lenguas y contextos, el pensamiento filosófico propicia **actitudes escolásticas** con planteamientos meta-físicos: asuntos que están más allá del mundo real vivido por sus gestores.

Se gesta así un pensamiento «que no tienen los pies en la tierra»: se crean simples juegos de palabras que, como los juegos de naipes, uno no sabe si catalogar como arte o como vicio

Pero poner **los pies en la tierra** no es solo un asunto lingüístico, sino un fenómeno existencial, social y personal, integral.

Como el escultor no trabaja la belleza, el filósofo no maneja la universalidad, sino temas psicológica e históricamente condicionados, con instru-

mentos lingüísticos y con materiales, conceptuales y experienciales, del propio entorno.

Vista la filosofía de esta manera, la ética no es un agregado circunstancial en su quehacer, sino su eje fundamental: su **culminación** existencial.

Los problemas ontológicos y epistemológicos no son tan fundamentales como aparentan. Solamente constituyen los fundamentos, los prolegómenos necesarios para desembocar en el mundo de los valores en acción con respecto al destino humano.

El uso con frecuencia confuso de los términos de **ética y moral**, nos fuerza a aclarar sus relaciones. Lo moral es la conducta humana en función de ideas de bien. La **ética** es el conjunto de reflexiones filosóficas sobre el fenómeno moral: es un problema de conocimiento sobre el sentido de la acción humana.

La diferencia entre ética y moralidad suele ser clara. Pero la distinción entre las morales y la ética es bastante confusa: muchos profesores conciben la ética como una elaboración y justificación de **códigos morales**.

Según este enfoque, se comprende la razón del título propuesto: **drama o tragedia moral**. Este dilema sustancial es un problema ético cuyo ámbito y realidad específicos estriba en la conducta moral propiamente dicha.

La única tragedia en el nivel estrictamente ético sería su imposibilidad como conocimiento: el esfuerzo absurdo por conocer algo que necesariamente no se podría conocer.

Aunque por optimismo personal desecho la posibilidad de una tragedia ética, no dejo de encontrar aspectos dramáticos en la realización del análisis y planteamientos éticos, ligados a la necesaria referencia al imprevisible futuro de los seres humanos.

En lo moral, el asunto se concreta en la relación profundamente problemática entre la conducta humana y el ideal de bien. Para José Luis Aranguren, su solución debe enfrentar el dilema entre el drama, como **problematicidad constitutiva**, y la tragedia, como **imposibilidad insuperable**.

La crisis no es así un asunto ajeno a la conducta moral: constituye su naturaleza intrínseca.

El fundamento medular de la ética es la **antropología**: el análisis

filosófico de la naturaleza humana como ámbito de posibilidad de la realidad moral en función de ideas de bien (la realidad moral) para desembocar en la humanidad como ideal por alcanzar (el sentido del bien).

El concepto de **ser** no es tan sustancial como el de **acción** para resolver el problema medular de la filosofía (la sabiduría existencial), ya que el primero determina una **concepción estática** mientras que el segundo promueve una **concepción dinámica** de la realidad.

El meollo del problema es semántico. El concepto de ser se apoya semánticamente sobre el espacio: **ubica** conceptualmente los seres como si ocuparan un espacio. Por el contrario, la condición temporal es semánticamente prioritaria en la praxis o acción.

La costumbre heredada de tantos siglos de pensamiento ontologista genera un mecanismo de **reloj** en el quehacer científico: se asumen las acciones como hechos y no como procesos.

El concepto de acción implica necesariamente el de **meta o destino**: objetivo hacia el cual se dirige su dinámica.

En principio, se puede distinguir dos tipos de destino: el fatídico (destino necesario, inexorable, inevitable) o el **proyectivo** (en su ejecución existe alguna posibilidad de cambio y escogencia).

La ética supone como presupuesto fundamental de su ejercicio la capacidad de escogencia en la acción: eso que llamamos **libertad**. Por los obstáculos que amenazan con instaurar su **fracaso**, el destino proyectado implica siempre riesgo, incertidumbre y desafío.

Para obtener realmente su destino, la escogencia depende de la presencia dialéctica del determinismo. Ese es el drama o la tragedia en la realidad moral: su existencia se sostiene sobre situaciones fatídicas. Por esto, la libertad es siempre una **conquista**.

Los valores definen al ser humano: lo diferencian del simple animal. El ser humano es un animal valorante en sentido plenario

La razón no es más que un instrumento de la valoración. El conocimiento adquiere sentido desde el **valor** cuyo fundamento medular está en la integración de la razón, la imaginación y la afectividad.

El mundo de la razón se concreta en el manejo del pasado y del presente: ordena lo constatado. Sin la presencia de la imaginación, sus proyecciones futuras no sobrepasan la reiteración de lo ya conocido.

La **razón** se fundamenta en la semántica espacial (ordena sus conceptos como cosas) mientras que la **imaginación** se instaura en la dinámica de la semántica temporal (enfrenta la realidad como un flujo permanente de posibilidades).

La valoración no es un ordenamiento conceptual de hechos, sino un manejo creativo y afectivo de **posibilidades**. Valorar hechos es manejarlos y deseárselos como posibilidades.

Un pensamiento fundado en el manejo de **posibilidades** determina el dominio fundamental de los **valores** sobre las **ideas** en la realización de lo humano: establece la superioridad de la **ética** (esfuerzo intelectual por orientar lo posible) sobre la **ciencia** (esfuerzo racional por domeñar lo dado).

La ética es el esfuerzo intelectual de ordenar el quehacer humano por **valores**: comprender la ética es comprender la dinámica central de la existencia humana como una conducta orientada por valores.

La distinción aristotélica entre **causa eficiente** y **causa final**, así como la distinción semiótica actual entre **connotación** y **denotación**, permiten establecer la naturaleza de la ética y de los valores. Estos se desenvuelven en un nivel de **teleología tanto denotativa como connotativa**: lo que favorece una comprensión global de la existencia.

En la vorágine infinita de la imaginación, solo los valores -como ordenadores existenciales de las posibilidades- generan sensatez existencial: establecen principios de ordenamiento entre diversas alternativas y permiten concretar **acciones con sentido**.

Estas reflexiones permiten distinguir la ética de los **códigos morales** cuyo objetivo no es la búsqueda del **bien**, sino evitar lo que socialmente se percibe como **mal**. Los códigos morales se parecen a señales de tránsito ordenando la conducción automovilística.

Las críticas espontáneas a las deficiencias morales de una persona o sociedad no permiten fácilmente superar sus defectos estructurales: la frecuente repetición de sus **condicionamientos ideológicos**.

Como sistema de creencias profundas; la ideología determina en parte las ideas **de bien, de belleza y de verdad**. Superar la **ideología** es un objetivo existencialmente imposible como esfuerzo de totalidad. Toda superación o sublimación racional de la ideología es siempre parcial.

Como decía Ortega y Gasset, **las ideas** las tenemos, pero en las **creencias** estamos. Por esto, toda ética está cultural e ideológicamente condicionada. La ética es así filosofía y no sabiduría: sus metas ideales son siempre parcialmente conocidas y también parcialmente desconocidas y deformadas por intereses creados.

Por esto, el ámbito de la ética es el diálogo abierto, y con frecuencia el debate profundo, sobre los fundamentos valorativos de la praxis humana: la búsqueda del camino más verdadero posible para llegar al bien y a la belleza de la acción humana.

En la vida real, el pensamiento humano tiene progresos y retrocesos dialécticos: se concreta como una reacción permanente contra situaciones percibidas como defectuosas desde visiones de la realidad históricamente condicionadas y crea las soluciones que aparentan ser las mejores.

El proceso de esclarecer los fundamentos ideológicos es una batalla ética. A pesar de que la ideología entra en su producción por la puerta de atrás, por el sendero del inconsciente, la tarea medular de la actitud consciente del filósofo es traer sus creencias al **tribunal de la razón**: tarea siempre parcial e inconclusa.

El concepto de **crisis** aplicado a la convivencia humana depende del enfoque filosófico asumido (y, más precisamente, del ético): el asunto medular de una crisis no estriba tanto en el enunciado de sus características, como en el planteamiento de **la evaluación y resolución de su problemática** desde valores, explícitos o implícitos.

En este sentido, aunque la ciencia determine las condiciones y consecuencias de las posibilidades implicadas (su realidad), la filosofía precisa los valores que orientan la libertad ante las alternativas conocidas (su problematicidad).

El concepto de crisis es esencialmente ético: supone necesariamente un **ideal de realidad** desde el cual se juzgan las alternativas presentadas: al hablar de crisis se tiene siempre la idea de que existe una alternativa más o menos positiva.

Inscritos en el trasfondo humano de toda crisis, los aspectos positivos funcionan como **desafío moral** de las personas, directa o indirectamente, implicadas en su resolución.

Etimológicamente, la crisis denota una mutación rápida de una enfermedad: para bien o para mal. La crisis implica así semánticamente la

posibilidad de escogencia. En toda crisis, la fatalidad es una alternativa, no el desenlace final: de ahí sus trasfondo moral.

La crisis es así un momento decisivo e importante de un asunto que enfrenta problemas sustanciales: cuestiones o dificultades de solución dudosa que deben ser enfrentados de inmediato si no se quiere causar **detrimiento.**

Según una modalidad bastante clásica, en el concepto actual de **crisis,** se podría ubicar al concepto de **problema** como su género inmediato y a la **profundidad y velocidad del ritmo** como la diferencia específica.

Por eso, la vivencia de una crisis es un asunto moral en el que se juega la responsabilidad de las decisiones y de las escogencias efectuadas. En términos éticos, toda crisis determina la obligación de **escoger la mejor alternativa.**

Pero la aceleración del ritmo histórico complica la posibilidad de escogencia. Por eso, las crisis nos enfrentan con el drama o la tragedia morales.

El **sentido moral de la crisis** refleja la ambigüedad de concepto de necesidad implicado en todo análisis de una situación de crisis. La palabra necesidad expresa dos cosas diferentes: **una norma factual o conceptual y una exigencia moral.**

Desde una concepción científica, la palabra necesidad responde a una concepción o determinación fatídica: algo es necesario si no puede ser de otra manera.

Desde una concepción proyectiva, **necesidad** expresa una exigencia existencial fundamental en la búsqueda del bien, fundada en una apreciación valorativa. Por ejemplo, al hablar de necesidades humanas, la imposibilidad se refiere a los **determinantes teleológicos.**

Interpretar algo como **problema** y demandar su resolución es un asunto que sobrepasa el quehacer científico propiamente dicho: es fruto de una posición ética y de una decisión política (la que implica una decisión moral).

Una verdadera filosofía no debe estar desubicada de la realidad dialéctica del **presente:** ese momento, inestable e inaccesible, que se mueve irremediabilmente en una tensión dialéctica permanente. La vivencia humana es una relación dialéctica de **pasado y futuro.**

Un pasado sin proyecciones futuras es un atentado permanente contra el **sentido** del presente: ese intento de existir creativamente buscando ser **más**.

La estructura valorante implicada por el ser más determina el peso fundamental del futuro. Pero un futuro sin fundamentos en el pasado también traiciona el sentido del presente: compromete su necesaria **ubicación existencial**, la única que permite ser:

Los aportes del pasado precisan la **factibilidad** de las posibilidades humanas: el peso del pasado impone las **condiciones fatídicas de cualquier crisis** mientras la visión del futuro (la posición ética asumida) abre posibles caminos para su solución.

Las perspectivas de futuro desubicadas del presente se vuelven fantasiosas y engañosas: pierden **sentido de realidad** (el que está determinado por la prudencia y sagacidad con la que se miren y usen los aportes y condiciones del pasado).

La realidad humana es así una relación dialéctica entre estos polos contrapuestos y necesarios: **la materialidad y la espiritualidad**. **Materia** es la cualidad de todo aquello que depende directamente del peso del espacio y tiempo. Por el contrario, **espíritu** es esa fuerza que recorre fluidamente la materia -sin ubicarse en ninguna parte- dialogando con ella para encarnar un ser más en la existencia.

El mundo de la materia se expresa en la posesión, en el **tener**. El mundo del espíritu se concreta en todo aquello que supera los actos y realidades materiales en que se expresa. La aspiración del espíritu es encontrar el **ser** en lo humano y hacerlo crecer cada vez más.

Esta contraposición dialéctica lleva a la dialéctica **entre el ser humano y la convivencia humana**.

En la convivencia humana esta contraposición se establece entre las expresiones societarias y las vivencias comunitarias: la **sociedad** es una convivencia materializada en términos de fines y funciones mientras que la **comunidad** es el esfuerzo personalizado de compartir aspiraciones, afectos, sentimientos, místicas, esperanzas, conocimientos y valores.

La dialéctica de materia-espíritu implica y explica la manifestación dialéctica del ser y el tener presente en la crisis latinoamericana actual.

El término de **latinoamericano** es, al mismo tiempo, importante y ambiguo:

supone que América Latina representa una unidad. Pero esta suposición no es más que parcialmente correcta. Las diferencias internas entre los pueblos latinoamericanos son enormes.

Si a pesar de todo hablamos de América Latina, es porque el pasado histórico compartido propicia a estos pueblos bases suficientemente sólidas para consolidar una **comunidad de destino**.

América Latina tiene su propia identidad como comunidad de pueblos. Esto demanda **recuperar su espíritu** y hacerlo históricamente efectivo. Por eso, la exigencia ética primordial es superar la crisis actual haciendo una América Latina **para todos**: sus habitantes y sus comunidades humanas.

Los planteamientos cuestionadores surgidos en el mundo en los últimos tiempos tenían razón al sostener que la lógica interna de nuestra economía capitalista tiende hacia la **concentración de capitales** y, por consiguiente, a la marginación de las grandes mayorías de los beneficios económicos, sociales y culturales generados.

Pero, al insistir en la problemática económica, se ha descuidado con frecuencia el lazo dialéctico entre el ser y el tener, entre la materia y el espíritu. Esto ha generado soluciones inoperantes y contraproducentes para solucionar los problemas de fondo.

En estas condiciones, la solución a la crisis latinoamericana debe volver a las bases de la existencia humana. Como la deficiencia fundamental no es solo material sino también espiritual, se requiere una respuesta esencialmente **educativa**.

La solución debe empezar por casa: nuestros maestros y profesores actuales no suelen ser educadores, sino simples instructores.

Esta batalla educativa no necesita crear ejércitos, ni partidos, sino fortalecer un grupo de personas que no teman **tomar la ética en serio**: vivirla en un compromiso responsable ante una sociedad latinoamericana en crisis profunda de valores espirituales, la que penetra en las entrañas de sus soluciones materiales.

El ejército para cambiar el mundo actual debe ser un ejército de educadores con la suficiente agresividad para penetrar en la política, en la milicia, en las finanzas, en la producción y llevar una visión integral de destino humano sobre una promoción de la comunidad sobre las sociedades y de la vida interpersonal sobre el individualismo.

La educación actual debe sobrepasar las aulas y penetrar en los medios de comunicación colectiva: la **guerra de guerrillas ideológica** de los educadores conscientes (entre los que la filosofía comprometida con el mejor destino humano es esencial) debe priorizar la inserción en los medios de comunicación masiva .

La filosofía se convierte así en un arma fundamental de la batalla: es el abanderado que marca camino. Pero una filosofía latinoamericana, es decir, una filosofía ubicada en el contexto debe reflexionar constantemente sobre las condiciones y necesidades de su realización latinoamericana:

Una **filosofía comprometida**, no una pseudosofía de repetidores desubicados con respecto a las necesidades y problemas de nuestros pueblos..